



OBRAS BREVES DE
JACQUES
MARITAIN



040-A1

ASPECTOS MORALES Y
ESPIRITUALES DE LA EDUCACIÓN

Jacques Maritain

Discurso a la Convocatoria de los Regentes de la Universidad
del Estado de Nueva York. 25 de Abril de 1958

Señor Rector, Señor Presidente, Regentes de la Universidad
del Estado de Nueva York, Distinguida Audiencia.

Aprecio profundamente el honor de hablar en esta oportunidad,
aunque, permítanme decirles, que lo hago no sin cierto temor y
temblor, porque estoy seguro de que ustedes son más competentes
que yo en los problemas educacionales que serán el tópico de mi
exposición.

Sin embargo, el señor Rector Brosnan fue lo suficientemente
amable para sugerir que yo podría tener algunas palabras que decir
sobre los aspectos morales y espirituales de la educación. Lo que
está lejos de ser un tema simple.

Desde los tiempos de Sócrates y Platón el problema: “*¿puede ser enseñada la conducta ética?*” y “*¿cómo enseñar la conducta ética?*” ha sido una ordalía para los profesores. Sócrates y Platón creían que la virtud es conocimiento; Aristóteles contestó que el conocimiento es de poca utilidad para la virtud, y que la virtud no es materia de enseñanza. Y esto es verdadero, en general.

De allí la paradoja de las escuelas, colegios y universidades: tienen que ayudar a la juventud a ser hombres y mujeres dignos de ese nombre; ahora bien, ¿qué es lo más importante en relación a ese propósito, sino la recta conducta moral? Sí, pero la recta conducta moral no es una materia de enseñanza. Entonces, ¿debemos concluir que el sistema educacional no debe preocuparse en absoluto con la educación moral, y debe dejar a cargo de otros agentes más fundamentales, como la familia y las iglesias, toda la responsabilidad de preparar a sus mismos pupilos a actuar y comportarse de manera correcta, de acuerdo a las exigencias de la justicia y del amor?

Semejante respuesta no estaría en armonía ni con la verdad ni con el espíritu de este país. Aquí, de hecho, la educación ha destacado siempre con buenas razones el diálogo moral que tiene lugar en el sistema escolar – aunque, déjenme decirles, que algunos teóricos en educación ponen aquí y allá un énfasis muy fuerte en la buena ciudadanía y en una bien ajustada conducta social, y muy poca e insuficiente atención en la justicia y el amor, como asimismo en un conocimiento integrado – mientras que otros teóricos, como G. Stanley Hall, piensan que los instintos del niño debieran recibir plena libertad, en orden a permitirle pasar naturalmente del estado de salvajismo al estado civilizado.

En este punto, y como prefacio de nuestra discusión, creo relevante presentar dos aserciones que han sido reconocidas por siglos. En primer lugar: la responsabilidad directa y primaria de la escuela no es moral, sino intelectual por naturaleza, esto es, la responsabilidad por el crecimiento normal del intelecto de los estudiantes, la adquisición por ellos de un conocimiento universal articulado y suficiente y el desarrollo de sus propias capacidades intelectuales internas. La escuela debe enseñarles primeramente como pensar.

En segundo lugar, la responsabilidad por la educación moral descansa directa y primariamente por una parte en la familia, y por la otra en la comunidad religiosa a la que la familia del joven pertenece. Quisiera agregar, entre paréntesis, que para el estudioso de las civilizaciones humanas es claro que la moralidad del género humano está inherentemente ligada con la religión y la fe. Desde luego, pueden haber “buenos paganos” y “buenos ateos”. Sin embargo, en lo que concierne a opciones profundamente establecidas que a veces escapan a la consciencia, uno pudiese dudar si estos buenos paganos y buenos ateos son en realidad pseudo-paganos y pseudo-ateos en lugar de ser paganos reales y ateos reales. En todo caso, desde el punto de vista del intelecto, no hay una fundación primaria e inamovible del carácter incondicional de la ley moral y de la obligación moral, excepto Dios. Como resultado, parece que las facilidades ofrecidas por el sistema escolar para el entrenamiento religioso de los alumnos (fuera de las premisas de la escuela, en el caso de las escuelas controladas por el Estado) son más bien un requerimiento imperativo del bien común.

Suficiente con el paréntesis. El punto en que ahora quisiera insistir es que la primera responsabilidad de la escuela se refiere al intelecto y al conocimiento, y que la primera y directa responsabilidad de la educación moral corresponde al grupo familiar y a las iglesias, sin perjuicio de que la responsabilidad del sistema educacional a este respecto, aunque indirecta, no sea menos requerida y necesaria. He dicho hace un momento que, de acuerdo a Aristóteles, el conocimiento es de poca utilidad para la virtud. Esta declaración es verdadera en el sentido que conocer la valentía y el autocontrol no es suficiente para actuar valientemente y ejercitar el autocontrol. Sin embargo, el conocimiento es, en general, una precondición necesaria para un comportamiento decente, generoso y moralmente recto, y en este sentido es que la rectitud de la vida humana no puede tener solidez, estabilidad y duración sin una visión del mundo en la que la moral y los valores espirituales aparezcan racionalmente fundados y sin que se vea claramente la máxima platónica: *“Es mejor sufrir la injusticia que infligirla”*.

Pues bien – y en virtud del hecho mismo de que la educación escolar debe enseñar a los alumnos a cómo pensar verdadera y comprensivamente –, ¿no es el trabajo de la educación escolar desarrollar esa visión del mundo y tales convicciones firmes acerca de la moral y de los valores espirituales, en otras palabras, el conocimiento integrado destinado a crecer en una verdadera sabiduría? Así es como, aunque la educación escolar tiene que ver esencialmente con el intelecto y con el conocimiento, ejerce al mismo tiempo un impacto directo y crucial en la salud de la voluntad, y tiene una tarea moral básica que realizar. Esta tarea – que tiene que ver con la fundamentación intelectual de la vida moral, y con el desarrollo del sentido de esas realidades que son espirituales en su naturaleza, como la verdad y la belleza – esta tarea moral de la educación, según me parece, está hoy día creciendo más y más en importancia, en tanto la especie humana se ve confrontada por filosofía materialistas y positivistas que relativizan completamente los estándares morales, y con el molde de la mente tipo oveja que nuestra civilización industrial y tecnológica tiende a desarrollar. Si tal molde mental, para el cual lo único esencial es la adaptación al ambiente, llega a imponerse, la moralidad humana se vendría abajo, y olvidaríamos que no puede haber una sociedad de hombres libres sin el fermento de la conciencia personal que no se ajusta al ambiente, sino que lo resiste, y prefiere obedecer la ley de Dios que la ley de los hombres.

En relación a estas consideraciones quisiera presentarles las siguientes observaciones.

En primer lugar, quiero insistir en que el desarrollo del sentido de las realidades y de los valores espirituales, y que el esfuerzo hacia un conocimiento integrado, la sabiduría, que corrientemente son asociados con la noción de humanidades, no son el privilegio de una categoría de disciplinas en contra de otras. A mi entender, las humanidades y las artes liberales genuinas comprenden no solamente las matemáticas, la física y todas las ciencias naturales, y lo que hoy día se llaman ciencias humanas, e incluso la tecnología, tanto como la literatura, las bellas artes, la historia y la filosofía. Porque lo único que importa aquí es la inspiración universal que cubre la enseñanza.

Pienso que el gran tema es enfocar la enseñanza, en escuelas y colegios, en la creatividad de la mente humana, y en la habilidad ilimitada de sus poderes espirituales; es hacer a los estudiantes tan plenamente conscientes como sea posible de esta creatividad, que ningún cerebro electrónico puede alcanzar, y del esfuerzo sostenido a través del cual la mente humana avanza en su búsqueda del conocimiento, en su conquista de la naturaleza material y en la variada manifestación de las potencias ocultas en el hombre.

Desde este punto de vista aparece como necesario, para alcanzar la certeza, conocer los resultados del trabajo de la mente, y todavía más importante, conocer las vías por las cuales fueron alcanzados estos resultados, y el incesante proceso de descubrimientos ocurrido. Semejante aproximación puede aplicarse a todas las materias del curriculum; ella revela en todas partes la fecundidad supra-material de la imaginación y del intelecto trabajando juntos. En tal perspectiva, la ciencia y la poesía son una; la humanidad aparece como un ser singular creciendo de generación en generación, gracias al vivificante espíritu interior recibido de Dios; y nos damos cuenta que ser capaces de un poco de genuina experiencia espiritual y de intuición cognoscitiva y creativa importa mucho más, en la educación de los jóvenes y para el bien común, que memorizar la Enciclopedia Británica completa junto a todos los textos de estudio del mundo.

En segundo lugar, quisiera señalar que sería una pobre sicología creer que la atmósfera mental y el mundo de imágenes en medio de los cuales la mente de los niños, y también de los adultos, pero especialmente de los niños, respira y se alimenta, no tiene un impacto en su desarrollo moral. Así, por ejemplo, es claro, en mi opinión, que esas tiras cómicas que apelan a los instintos animales más vulgares, que nutren a los niños con imágenes de violencia y brutalidad tienden a hacer más y más bajo el nivel común de la moralidad.

Pero no es en el aspecto negativo, sino en el positivo en el que quiero insistir, es decir, en el esfuerzo de ofrecer a los hijos del hombre imágenes genuinas de la grandeza y heroísmo que, a mi juicio, es una de las más grandes tareas de la educación en el campo moral.

El filósofo francés Henri Bergson ha mostrado, en su libro ‘Las Dos Fuentes de la Moralidad y la Religión’, que el género humano no puede prescindir de lo que él identifica como el llamado del héroe – esa atracción ejercitada por las grandes figuras que actúan sobre nosotros por su ejemplo, habiendo guiado, en amor y dedicación, una vida superior a nuestras vidas ordinarias. La necesidad de tener un ideal moral personificado en un ser humano concreto que nos muestra el camino, es una de esas necesidades básicas para nuestro crecimiento moral. Es normal en una persona joven sentir entusiasmo por un héroe o un santo de su elección, y apegarse a él, soñar con él y tratar de imitarlo. Este héroe que amamos y que nos lleva por encima de nosotros mismos, es para nosotros un maestro real en la vida moral.

Creo que al proveer a los niños y adolescentes con una atmósfera moral de grandeza y heroísmo, la escuela puede cumplir un deber en el que muchas familias fallan en la actualidad. Estoy pensando en clases en las que profesor y alumnos podrían estudiar y discutir la vida de los héroes del género humano – todos aquellos que se han dedicado heroicamente a grandes misiones intelectuales o humanas, en todos los tiempos y en todos los países de la tierra, y en todos los dominios en que el amor y el auto-sacrificio pueden trabajar. En cada grado, tal enseñanza puede ser adaptada fácilmente a la mentalidad particular de la edad de los pupilos. Pienso que ella puede despertar un interés vivo, y poner en acción una influencia saludable en los niños: así, no sólo tendrían una oportunidad de familiarizarse con ejemplos heroicos, sino estarían más conscientes del inmenso esfuerzo de buena voluntad y generosidad por medio del cual se ha desarrollado la especie humana; y no solamente se familiarizarían con las grandes personalidades de su historia nacional, y con las convicciones morales y la llama espiritual que los animaba, sino también con las grandes figuras de la historia del mundo.

Me temo que con mi tercera observación puedo aparecer confirmando una condición europea de viejo estilo, aunque eso no sea prueba suficiente de que estoy equivocado. Mi posición es que hay muchas cosas excelentes en los métodos modernos y en la llamada educación progresiva, pero esta idea de convertir la escuela en un paraíso de libertad, de felicidad sin trabas y de hacer los niños lo que les plazca, no es mejor para su bienestar psicológico y moral que

la vieja y malvada idea de la educación por el garrote. La psicología moderna ha llegado a ser consciente del hecho de que es una necesidad de los mismos niños el sentirse protegidos y guiados por alguien investido de incuestionable autoridad – ante todo en la familia, desde luego, pero también en la escuela. La frustración de esa necesidad deja al niño en un vacío que invita a la neurosis y la ansiedad; es, sin duda, la peor de las frustraciones que los padres de hoy procuran desesperada y ansiosamente evitar.

Es verdad que el maestro le enseña a un *sujeto*, a Tomás o María, y que su autoridad debe intentar siempre incentivar al niño y apelar a su propio poder de interioridad y entendimiento. Pero no es menos verdad que el maestro enseña un *objeto* – matemáticas o gramática – y primeramente tiene que hacer que el sujeto sea capaz, libre y ávidamente, de someterse al objeto y a los requerimientos del objeto; él debe enseñarle a sus pupilos los medios exactos para prepararse para una vida adulta en la que se verán obligados a hacer lo mejor de situaciones que no son de su elección, y a actuar, no como les plazca, sino como deben.

Pienso que al hacer exigencias serias de esta clase a personas jóvenes, la escuela desarrolla el clima más apropiado para fomentar, indirectamente y de una manera general, aquellas virtudes morales que no son materia de enseñanza, pero que están enraizadas en la libre iniciativa y esfuerzo del individuo humano.

Les agradezco de la manera más cordial su paciente y generosa atención.

